

SEMBRANDO la **TIERRA,** COSECHANDO **HISTORIAS**

NUESTRO DÍA A DÍA COMO PRODUCTORAS
Y PRODUCTORES DEL POZO DE FLORES



WARMIQ
THASKIYNIN
LLANK'ANA PATAPI

LA MUJER
AVANZANDO EN EL
TRABAJO



«SEMBRANDO LA TIERRA, COSECHANDO HISTORIAS»

Nuestro **día a día** como **productoras y productores** del **Pozo de Flores**

«SEMBRANDO LA TIERRA, COSECHANDO HISTORIAS»

Nuestro **día a día** como
productoras y productores
del **Pozo de Flores**

Warmiq thaskiynin llank'ana patapi

La mujer avanzando en el trabajo

Clivia Lizeth Aguilar Flores
Rosa Flores Rodríguez
(Coordinadoras)

CEESP
CENTRO DE ESTUDIOS POPULARES



ASOCIACIÓN DE RIEGO
DE PRODUCTORES
AGRÍCOLAS POZO DE
FLORES

 GLOBAL ALLIANCE
FOR GREEN AND
GENDER ACTION

 **Both ENDS**
Connecting people for change

 **Semilla**
FUNDACIÓN

Sembrando la tierra, cosechando historias. Nuestro día a día como productoras y productores del Pozo de Flores – Clivia Lizeth Aguilar y Rosa Flores (Coord.) – Cochabamba: Pozo de Flores, CEESP y Colectiva Ideas Qhatu, 2024.

Diseño de portada: Adriana Herbas Cordero

Fotografía: Massiel Cardozo Velasco

Diagramación: Gabriela J. Rus

Primera edición: 2024

Coordinadoras de la investigación

Clivia Aguilar Flores / Rosa Flores Rodríguez

Autoras/es de los relatos:

Andrea Vásquez

Arturo Gonzales Vásquez

Carina Aguilar Flores

Clivia Lizeth Aguilar Flores

Damiana Flores Gonzales

Flora Guzmán Vásquez

Gertrudis Guzmán

Juan José Gonzales López

Julia Torrico Álvarez

Loli Parra Flores

María Luisa Vásquez

Mario Soto

Marlene Flores

Maximiliana Vidal Ponce

Mercedes Vasques

Nelvi Aguilar Flores

Nilsa Rodríguez Almendras

Osvaldo Herrera

Roberto Cavero

Rocío Aguilar Flores

Rosa Flores Rodríguez

Rosa Rodríguez

Severo Rodríguez

Sonia Flores Zapata

Victoria Flores

Equipo de sistematización

Lourdes Saavedra / Mónica Rocha / Huáscar Salazar

Edición:

Centro de Estudios Populares

Cochabamba-Bolivia

Contacto: epopulares@ceesp.org.bo



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material

La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciente.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores, del Centro de Estudios Populares y de la Colectiva Ideas Qhatu y no refleja necesariamente la postura de la Fundación Socioambiental Semilla.

Presentación

Desde el 2021, el Centro de Estudios Populares (CEESP) y la Asociación de Riego Productores Agrícolas Pozo de Flores de Arani (Cochabamba) han mantenido un diálogo constante sobre los desafíos que enfrenta la organización, sus agendas, aspiraciones y perspectivas. A lo largo de este proceso, hemos aprendido mucho sobre la historia de las mujeres que se han organizado en torno a un pozo de agua y las soluciones creativas que han implementado para hacer frente a la escasez de agua en el Valle Alto. Su asociación se distingue de las dinámicas tradicionales de la región, ya que, entre otros aspectos, ha surgido como respuesta a la constante violencia y marginación ejercida por las organizaciones de varones que gestionan el agua para riego.

Aunque el agua, el riego y la producción agrícola son el foco principal de la organización, las mujeres que han coordinado el presente trabajo, y que forman parte de la organización, han expuesto claramente que estas labores productivas están estrechamente vinculadas a los trabajos domésticos y de cuidado, de los cuales ellas se encargan simultáneamente. En este contexto, surge su interés por narrar su día a día y visibilizar las actividades que realizan y consideran importantes, pero que muchas veces quedan invisibilizadas y desvalorizadas por sus familias y la comunidad. Parte de esta historia se relaciona con el anhelo de tener un pozo propio, el deseo de formar una organización de mujeres y los altibajos enfrentados para lograr estos objetivos.

Es así como se decidió escribir este texto, que presenta un relato de muchas voces sobre la cotidianidad de las mujeres del Pozo de Flores, los cambios en la producción, las diferencias entre los trabajos productivos y reproductivos que realizan hombres y mujeres, y la participación de niñas y niños en estas actividades. La frase que acompaña a este texto refleja este propósito: “*Warmiq thaskiynin llank’ana patapi*”, que se traduce como “la mujer avanzando en el trabajo”. “*Llank’an*” significa labrar la tierra y

también trabajar en su sentido más amplio. “*Warmiq*” se refiere a la mujer. “*Thaskiynin*” alude al camino, a caminar, surgir, mirar hacia adelante, es decir, avanzar como mujer.

El proceso de investigación se desarrolló en diferentes etapas, en las cuales las mujeres de la organización tuvieron un papel fundamental en la definición de las temáticas, la narrativa y la forma de narrar sus experiencias. En primer lugar, se conformó el equipo de investigación, integrado por dos mujeres del Pozo de Flores, los investigadores del CEESP y de la Colectiva Ideas Qhatu. Luego, se seleccionaron los ejes temáticos de la investigación, entre los que se encuentran: trabajo productivo, trabajo reproductivo, riego, rol de los integrantes familiares y transmisión de saberes. Posteriormente, se elaboró una guía para recolectar información en un taller participativo y una ficha que permitió recopilar datos sobre las actividades realizadas por las mujeres, la importancia de estas actividades para las familias y la comunidad, y el cálculo del trabajo de mujeres y varones. Finalmente, se sistematizó toda la información presentada en este texto, siempre respetando las voces y perspectivas de las mujeres de la organización.

El texto se organiza en dos partes: la primera contextualiza el Valle Alto, el municipio de Arani y la Asociación de regantes productores del Pozo de Flores. La segunda parte, es un relato que sintetiza muchas voces, en el cual productoras y productores narran su día a día en la organización y todas las actividades que llevan a cabo para sostener la vida.

Finalmente, es importante señalar que este documento es el resultado del esfuerzo colectivo de las y los integrantes de la Asociación del Pozo de Flores, lxs investigadores del CEESP y la colectiva Ideas Qhatu. Agradecemos a Nelly Pérez y a Mario Soto por su apoyo en la traducción de partes del texto del quechua al castellano, a Adriana Herbas por el diseño de la tapa y los diseños internos, a Massiel Cardozo por su trabajo fotográfico en la portada y diseños internos, a la Fundación Socioambiental Semilla por las correcciones al texto y por hacer financieramente posible este trabajo.



Contextualización del Valle Alto¹

El departamento de Cochabamba, ubicado estratégicamente en el centro de Bolivia, destaca por su singularidad geográfica y socioeconómica. Limita con varios departamentos: Beni, Potosí, Sucre, Santa Cruz, Oruro y La Paz, lo que le otorga una posición central en la diversidad ecológica y cultural del país. Cochabamba se distingue por su variedad de ecosistemas, que van desde las zonas tropicales del Chapare hasta las alturas andinas, pasando por un mosaico de valles interandinos que juegan un papel crucial en el asentamiento humano y la actividad económica de la región. En particular, el Valle Bajo, el Valle Alto y el Valle Central concentran más del 90% de la población del departamento, con la ciudad de Cochabamba, ubicada en el Valle Central, como núcleo urbano principal.

El Valle Alto, específicamente, situado al sureste de la ciudad de Cochabamba, es una región de notable interés debido a su altitud, que varía entre los 2.550 y los 2.800 metros sobre el nivel del mar. Esta ubicación le confiere un clima seco y una temperatura promedio de 17 °C, condiciones ideales para la producción agropecuaria. Los cultivos predominantes en la zona incluyen maíz, trigo, papa, haba y hortalizas, típicos de climas semi templados, lo que resalta la importancia del Valle Alto como un área de gran potencial productivo.

Históricamente, el Valle Alto ha sido un centro de actividad económica significativa desde la época colonial. A pesar de enfrentar desafíos como la escasez de agua para riego, la región aprovechó su extensa área para aumentar la producción agrícola. Durante esta época, el cultivo de trigo en las estrechas franjas de

¹ Este y el siguiente apartado contienen información de distintas fuentes bibliográficas, las principales son: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia* de Brooke Larson; *Desarrollo Local: Cochabamba y sus unidades territoriales de planificación* de Carmen Ledo y María Raquel Agost; *La revolución antes de la Revolución* de Laura Gotkowitz.

tierra junto a las montañas, y de maíz y papa en las zonas más fértiles y parcialmente irrigadas del valle central y oriental fue común. La producción de tubérculos, favorecida por la altitud, y la presencia de pastizales para la ganadería complementaron la economía agrícola de la región.

A finales del siglo XVIII, el Valle Alto emergió como la zona más poblada y productiva de la provincia, con Cliza, conocida entonces como Valle de Cliza, destacándose como el principal productor agrícola. La estructura social y económica de la región se caracterizaba por una mezcla de grandes terratenientes e indígenas y pequeños propietarios, que reflejaba una economía diversa y dinámica. Esta diversidad se mantuvo hasta la época republicana, con la minería de plata y, posteriormente, la producción de chicha, consolidándose como actividades económicas clave.

La industria chichera, en particular, tuvo un impacto significativo en la economía y la sociedad del Valle Alto. Las mujeres jugaron un papel central en este sector, controlando casi todas las fases de producción y comercio de chicha, demostrando una notable capacidad empresarial y de negociación, a la vez los impuestos de la chicha permitieron el desarrollo de la ciudad de Cochabamba ya que eran invertidos en obras públicas. La Reforma Agraria de 1953 marcó un punto de inflexión en la estructura agraria de la región, aumentando el número de pequeñas propiedades y continuando las actividades agropecuarias y de transformación que caracterizaron históricamente al Valle Alto.

En las décadas recientes, el Valle Alto enfrenta nuevos desafíos, como la severa sequía exacerbada por la construcción de represas en áreas cercanas, afectando negativamente la agricultura y provocando cambios demográficos, con una disminución en la población en algunas áreas. A pesar de estos desafíos, la región sigue siendo un centro de actividad económica y organizativa

importante, con una notable participación de organizaciones campesinas y de mujeres, que continúan jugando un papel crucial en la dinámica socioeconómica y política del Valle Alto.

Arani

La Asociación de Riego de Productores Agrícolas del Pozo de Flores se encuentra en el municipio Arani y está en el Valle Alto del departamento de Cochabamba. Este gran valle, que incluye las localidades de Punata, Cliza, Tolata, Tarata y Arbieto se considera una de las regiones productivas más importantes de Cochabamba –otroza denominado “el granero de Bolivia”–, aunque en los últimos años se ha visto fuertemente afectada por distintos fenómenos climatológicos, en especial, relacionados con la escasez de agua.

La provincia de Arani está comprendida por dos municipios: Vacas y Arani, siendo su capital, el municipio de Arani. El municipio de Arani cuenta con seis distritos: 1) Molle Molle, 2) Serrano, 3) Arani, 4) Puca Orqo, 5) Collpa Ciaco, 6) Pocoata. El rango de altura del municipio varía entre los 2.635 msnm y los 3.930 msnm. Al ser una zona de gran altura y presentar ecosistemas con climas templados y fríos, la región se caracteriza por producir maíz y papa en las zonas bajas y trigo y cebada en las zonas altas.

Ahora bien, lo que ahora es el municipio de Arani tiene una larga historia que viene desde la época incaica, momento en el que albergó a los grupos étnicos Chuis y Cotas. Después, en la colonia, esta región la habitaron padres agustinos. Además, por su vocación productiva, esta se volvió una región de haciendas controlada por patrones, situación que se extendió hasta la República y que solo verá su fin en 1953, cuando la Reforma Agraria terminó con el latifundio en la región occidental del país.

Según los resultados del Censo Nacional de 2012 el municipio de Arani contaba con 9.504 habitantes, 2 mil habitantes menos que en 2001. El Valle Alto de Cochabamba –y Arani, en particular– se

caracteriza por ser una región expulsora de población, tanto a otras regiones del país como al extranjero, una migración forzada por las condiciones ambientales. Ello tiene que ver con distintos factores productivos como la sequía, la pérdida de la calidad de la tierra que hacen difícil un crecimiento vegetativo sostenible de la población.

El centro urbano de este municipio, situado en el Distrito 3, lleva también el nombre de Arani. Es la última localidad al este del Valle Alto, antes de que la topografía de la región vuelva a ser montañosa y mucho más elevada. Se encuentra a una altitud de 3.000 msnm¹.

Este pequeño centro urbano está rodeado por tierras agrícolas. En ellas, se realizan distintas actividades productivas a lo largo del año. Quienes las producen se organizan en torno a sindicatos agrarios como organizaciones políticas locales que se articulan a la estructura campesina departamental y nacional. También están las organizaciones de riego, instancias colectivas para gestionar el agua destinada a la producción, y de coordinación de los trabajos colectivos para cuidar los sistemas de traslado de agua y la gestión de turnos para acceder a este recurso, escaso en la región.



Historia de la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores

Desde hace años, la región del Valle Alto de Cochabamba ha sufrido la escasez de agua y/o la mala calidad de este recurso por su elevado nivel de salinidad, debido a la presión productiva y al cambio climático. Muchos ríos cercanos que en otros tiempos eran fuente suficiente han ido disminuyendo su caudal, llegando incluso a secarse. En el presente sólo quedan los recuerdos de cómo, por ejemplo, el agua llegaba en noviembre y además traía abono para los cultivos:

En el mes de noviembre, casi llegando o pasadito Todos Santos, llegaba las primeras aguas, el río de Wiskana, Pocoata, Pajchiri, y cuando llegaba por primera vez, llegaba pues un color negruzco y traía bastante cantidad de abono para las tierras y a esa temporada más o menos el maíz estaba a una altura de unos 80 cm aproximadamente y estaba necesitando harta, harta agua. Entonces mi papá decía, en quechua: “Si el maíz esta marchito y el agua sucia entra, el maíz se enoja” (Productores/as Pozo de Flores).

La escasez de agua ha llevado a la búsqueda de alternativas como la construcción de pequeñas represas y/o atajados que, sin embargo, no han logrado ser lo esperado, porque han resultado ser agua de mala calidad.

Ahora bien, esta situación afecta al conjunto de la región y a la mayoría de los regantes, que se han visto en la necesidad de buscar estrategias alternativas para el acceso al agua y, en muchos casos, ello influyó en el aumento significativo de emigración en las últimas décadas. Así es recordada esta época donde se había vuelto muy difícil sostener la vida para quienes se dedicaban a la producción agrícola en Arani:

Había una época, creo que era el 93 ó 95, no recuerdo bien. Antes de que haya pozos, todo esto era ya como altiplano, como Oruro, ya no había estas plantitas. Han empezado los pozos y han vuelto a reverdecer. Porque ese tiempo ya harta gente ha ido al exterior. También yo estuve pensando en ir a otro lado, porque ese año, dos años hemos puesto maíz con mi papá, los dos años se ha secado, y era triste. Más el tema económico, que te quedes sin dinero.

Me acuerdo de que ese año hemos comido puro cojo pollo, verdolaga, eso nomás comíamos en las casas todos, porque no había para comprar carne, casi nadie ya se compraba carne y han llegado alimentos de Estados Unidos, esas cajitas Kellogg's, no sé qué cosas han llegado, pero el sabor no era como para comer, nosotros no estábamos acostumbrados a eso. Me acuerdo ese sabor del ketchup, que era como ese sabor, pero antes no conocíamos el ketchup, esas cosas no conocíamos. Entonces la comida que nos han traído era fea para nosotros, no podíamos comer porque no estábamos acostumbrados a ese sabor que tenía, de conservantes, no estábamos acostumbrados.

Aquí todos mis primos, todos hemos venido, todas las mañanas nuestras mamás nos mandaban. Yo le veía a mi mamá, no sé, lloraban en las casas y a nosotros nos mandaban a recoger, cojo pollos, verdolagas. Era un año difícil.

Pero es en serio, todo se veía una tristeza. No sé. De verdad nos afectaba a todos, creo que psicológicamente. Estábamos cabizbajos, tristes. Así andábamos toda la gente. (Productores/as Pozo de Flores).

Entonces, la presión generada por la falta de agua, y los factores explicados por el testimonio, tuvo mucho que ver con el surgimiento de la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores, como una asociación de regantes eminentemente femenina y ha sido como consecuencia también de un conjunto de situaciones de marginación, maltrato y discriminación hacia las mujeres productoras en sus tradicionales organizaciones de riego,

lo que incluso significó que muchas de ellas no pudiesen acceder a los turnos de riego que por derecho de estas organizaciones les correspondía.

Esto iba a ser un desierto, esto es puro pozo, ahorita puro pozo, hay un pozo aquí, hay un pozo allá. Con la lluvia y con el río no hubiera aquí esto, estaría seco, no tendríamos esto.

Estas organizaciones de riego utilizan la excusa de que “las mujeres no pueden trabajar como los hombres”, para instalar mecanismos de exclusión femenina, tanto en los espacios de toma de decisiones, organizativos y de distribución del recurso hídrico. En general, los varones son titulares de estas organizaciones, pero está establecido que ante la ausencia del derecho de riego recae sobre la persona de la familia que se hace cargo del terreno agrícola y es titular en la asociación de riego.

En muchos casos, ya sea por fallecimiento, abandono o emigración del varón, han sido las hijas o esposas las que se quedan a cargo de la producción agrícola. El problema surge cuando los varones de la asociación las relegan a un segundo plano. Entonces, existen historias comunes entre las mujeres de haber sido colocadas al último en el turno a pesar de haber llegado antes o que, a pesar de los reclamos, no son escuchadas. La experiencia de ser discriminadas en sus organizaciones de riego, incluso por gente cercana a ellas, está presente de muchas formas. A nombre de no tener mucha fuerza como los hombres se han visto arrinconadas de muchas maneras. “Por eso nos hemos organizado como mujeres” concluye una de las productoras del Pozo de Flores.

Es así como, entre los años 2008 y 2010, un grupo de mujeres de Villa Flores, un área situada en el contorno de la población de Arani se organizó con el objetivo de lograr una asociación propia de riego. La mayoría de sus familias contaba con tierras para cultivo, pero tenían dificultades para acceder al riego. Aunque era casi imposible disputar turnos en las organizaciones tradicionales de riego de la región, estas mujeres exploraron el acceso al agua

para regar sus terrenos excavando un pozo, algo que no era común en la región, y que, incluso, al principio, generó desconfianza y burla de las otras organizaciones.

Este proyecto en común, en torno a una necesidad vital, fue lo que con el tiempo daría forma a lo que hoy es la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores. Una asociación de 25 personas, con 23 mujeres. Y si bien muchas veces participan de estas reuniones los esposos y los hijos de las mujeres que hacen parte de la asociación, las que son socias inscritas como titulares son ellas, lo que hace que esta sea una organización particular y con mucha claridad del porqué es esencialmente femenina.

La construcción del pozo: entre el financiamiento público y la autogestión

Pero una vez que las mujeres que ahora hacen parte de la Asociación de Riego Pozo de Flores decidieron, allá por el 2008, impulsar el proyecto propio de un pozo que permitiese dotar de agua a sus terrenos de cultivo, no todo fue fácil. Luego de largos trámites, consolidación de personería jurídica y exploración de posibles fuentes de financiamiento para el pozo, finalmente la asociación decidió solicitar recursos de lo que en ese entonces se conocía como el Fondo Indígena, un fondo gestionado por el gobierno nacional que estaba destinado a apoyar proyectos para sectores rurales del país.

Sin embargo, para acceder a esos recursos era fundamental que las organizaciones solicitantes fuesen parte de alguna estructura sindical de corte campesino o indígena a nivel nacional, como la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), adscripción que esta asociación de regantes no tenía. Fue por este motivo que se solicitó el aval de un sindicato campesino aledaño a las tierras de Villa Flores, y si bien este sindicato avaló a la asociación para que esta pudiese postular por los recursos del Fondo Indígena, ello también acarrearía inconvenientes más adelante.

Finalmente, el proyecto presentado por la asociación de regantes fue aprobado en 2012 y posteriormente se comenzó con la ejecución de este. El proyecto concebía dos hitos, el primero que tenía que ver con la excavación del pozo y el segundo con la instalación de la bomba de agua y de las tuberías necesarias para que el agua llegase a todos los terrenos que tenían que ser regados.

Sin embargo, cuando el primer hito del proyecto fue concluido y antes de iniciarse el segundo, el Fondo Indígena fue intervenido como consecuencia de uno de los casos de corrupción más sonados en el gobierno de aquel entonces. Más allá del escándalo a nivel nacional y del descrédito que sufrieron muchas organizaciones indígenas y campesinas, en el caso de la Asociación de Regantes Pozo Flores, este hecho tuvo consecuencias económicas y políticas de consideración.

Por un lado, la organización de mujeres campesinas Bartolina Sisa, perteneciente a la Central Campesina de Arani, señaló que como la construcción de ese pozo tenía el aval campesino y ante la situación crítica del Fondo Indígena, el pozo debía pasar a manos de la organización campesina. Aunque esta situación se resolvería y finalmente el pozo quedaría en manos de la Asociación de Regantes Pozo de Flores, luego de la intervención del Fondo Indígena y ante la imposibilidad de lograr un financiamiento público para concluir el proyecto, fueron las propias mujeres de la asociación quienes autogestionaron los recursos para la finalización del pozo, la adquisición de la bomba y la puesta en marcha del proyecto.

Sólo se terminó la perforación, lo demás no había nada, o sea, no estaba colocada la bomba no estaba colocado nada, sólo era la perforación nada más. El tendido eléctrico, todo eso no había, sólo era la primera etapa. Y ahí nomás, cuando estábamos presentando los papeles para recibir el segundo desembolso, ha empezado lo del Fondo Indígena en las noticias, en la tele, en la radio, la gente nos ha empezado a molestar en el periódico.

Después de un año recién nos dijeron que no se va a poder, que nunca nos podrán dar nada.

El que perforó el pozo nos empezó a molestar porque todavía no se había pagado todo, teníamos que pagarle. Ahí nos hemos reunido y hemos decidido hacer nomás nosotros. La bomba, todo eso, los tubos, todo eso faltaba. Entonces ahí es donde nosotros hemos empezado a poner dinero de nuestros propios bolsillos, nadie esperaba poner tanto dinero. Antes, con el proyecto, la contraparte del 20% teníamos que poner, pero ahora fue mucho más.

... Y así muchos llorando, otros también desanimados, otros diciendo: “haremos nomas al final”, hemos pagado pues y otros también tenían la esperanza de que nos iban a devolver, aunque eso no ha pasado (Productora Pozo de Flores).

Finalmente, el pozo fue concluido, al igual que la instalación de la bomba de agua y del tendido eléctrico. También, una parte de las asociadas instaló tuberías para llevar el agua hasta sus terrenos ya que, al ser un caudal no tan grande comparado con el trasvasado desde el río, se deben evitar pérdidas en el momento de su traslado por las acequias tradicionales de tierra.

Así, cuando la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores logró regar con su propio pozo, conllevó desafíos en la gestión cotidiana del pozo y de la distribución del agua, que van desde la compleja gestión de los costos de electricidad hasta la distribución del agua entre quienes tienen o no, pasando por problemas con instituciones públicas externas, como el municipio o sindicatos agrarios. Sin embargo, a pesar de esto, han logrado una dinámica organizativa fluida donde los problemas son solucionados y persisten los acuerdos colectivos en beneficio de todas sus asociadas, como es resaltado por una de sus afiliadas:

En la parte organizacional nosotros nos mantenemos unidos, nos mantenemos fuertes como mujeres (Productora Pozo de Flores).

**«AHORA VAMOS A CONTAR NUESTRA
HISTORIA»**



Producción agrícola y comercialización

En la Asociación Pozo de Flores, situada en el fértil Valle Alto de Cochabamba, nosotras, las mujeres y hombres que formamos parte de esta comunidad, nos dedicamos con pasión y respeto a la agricultura. Nos enorgullecemos de nuestra herencia en el cultivo de maíz en sus diversas variedades, así como de la papa, y lo complementamos con la producción estacional de frutos como el durazno, la manzana, el higo y la tuna. En nuestros campos, los maizales dominan el paisaje, evidenciando que, para nosotras, el maíz es más que un cultivo: es un pilar de nuestra cultura y sustento. A su lado, la papa también ocupa un lugar esencial en nuestro ciclo agrícola, siendo cultivada en su respectiva temporada con igual dedicación.

Las adversidades climáticas, caracterizadas por prolongadas sequías y un clima cada vez más semiárido, han desafiado nuestras tradiciones agrícolas, forzándonos a adaptarnos y a innovar para sobrevivir. Estos cambios no solo han afectado nuestro entorno natural, sino que también han reconfigurado el ciclo agrícola que nos fue legado por nuestras abuelas y abuelos. Ante estas dificultades, hemos ampliado nuestro horizonte de actividades, integrando la comercialización de nuestros productos, así como otros trabajos como la docencia, buscando asegurar el futuro de nuestras familias ante la incertidumbre del clima.

Este nuevo panorama ha modificado profundamente nuestras prácticas de siembra, antes guiadas por un calendario bien definido en sintonía con los ciclos naturales. Hoy, nos encontramos atentas al cielo, esperando las primeras lluvias para iniciar nuestro trabajo en el campo, recurriendo en ocasiones a la perforación de pozos en un intento por garantizar el riego necesario para nuestras plantas.

El maíz, considerado el corazón de nuestra producción agrícola, se presenta en variedades de producción larga y corta, el *jatún muju* y *juchuy muju*, adaptándose a las exigencias del entorno y del mercado. Mientras el maíz negro y morado requieren de mayor cuidado, agua y un suelo más fértil, las variedades de maíz blanco y amarillo se adaptan mejor a las condiciones actuales, necesitando menos recursos hídricos. Esta preferencia refleja no solo las limitaciones climáticas sino también los gustos del mercado, particularmente notable en ferias como la de Arani, donde el maíz blanco es especialmente valorado. Sin embargo, seguimos comprometidas con la diversidad de nuestras cosechas, reconociendo el valor único de cada tipo de maíz en nuestra alimentación y en la elaboración de productos tradicionales como la chicha, las laguas, el pan y el api.

El cultivo de la papa, que antaño seguía un ritmo predecible de siembra y cosecha, ahora enfrenta nuevos retos. La escasez de agua y el alto costo del abono nos han llevado a ser flexibles y creativas en la gestión de nuestros cultivos. Aunque las semillas no nativas, como las holandesas, han cambiado el sabor y la resistencia de nuestras papas, nos esforzamos por mantener vivas las variedades tradicionales, aunque esto signifique comprarlas a precios más elevados para satisfacer nuestras preferencias culinarias y nuestras necesidades nutritivas.

Ante estos desafíos, la Asociación Pozo de Flores se erige como un sinónimo de resistencia, resiliencia y adaptabilidad. Nos mantenemos firmes en nuestro empeño por preservar nuestras tradiciones agrícolas mientras nos adaptamos a las nuevas realidades climáticas y de mercado. Cada día en nuestros campos es una manifestación de nuestra determinación por continuar el legado agrícola que nos han confiado nuestras antecesoras, enfrentando los retos con innovación y esperanza. Nos encontramos en un constante proceso de aprendizaje, colaboración y adaptación,

respondiendo a los cambios climáticos, a las plagas que abundan en el presente y a las presiones económicas, siempre con la mirada puesta en la sostenibilidad de nuestras prácticas y el bienestar de nuestras familias.

Este compromiso se traduce en una búsqueda incansable de soluciones que nos permitan mantener viva la esencia de nuestro legado agrícola en el contexto de un mundo en transformación. Al enfrentar la introducción de maíz cubano por parte de grandes empresas, nos vemos en la encrucijada de elegir entre seguir las tradiciones y adaptarnos a las exigencias del mercado. Si bien pagan, es seguro, el maíz cubano no tiene sabor, no sirve para comer y a la vez pone en riesgo nuestra semilla que se puede perder. Este dilema define nuestro día a día, un día a día en el que luchamos por preservar la diversidad genética de nuestros cultivos frente a las prácticas de monocultivo promovidas por intereses comerciales.

La asociación es testimonio de la intersección entre tradición e innovación, entre el respeto por el legado de nuestras abuelas y abuelos y la necesidad de enfrentar los desafíos del presente. Nos encontramos en un proceso continuo de adaptación, enfrentando juntas los cambios climáticos, las plagas y las presiones del mercado con esperanza y determinación, comprometidas a transmitir a las futuras generaciones no solo las semillas de nuestras cosechas, sino también las de la perseverancia, la adaptabilidad y el profundo respeto por la tierra que nos sustenta. Por eso en nuestros recuerdos siempre resuenan las voces de nuestros papás: “*Qawichkan sara chayqa, chaypitaq qunchu yaku yaykun, sara phiñakun*” (Si el maíz está marchito y el agua sucia entra, el maíz se enoja).

Producimos principalmente maíz

Nuestra principal producción se centra en los extensos maizales, donde el maíz, en su diversidad de colores y sabores, se erige como

el cultivo central de nuestra actividad agrícola, seguido de cerca por la papa, que completa nuestro ciclo de cultivo.

Con el paso del tiempo, hemos sido testigos y protagonistas de cómo el cambio climático ha reconfigurado el escenario en el que desarrollamos nuestra labor. Las sequías prolongadas y un clima cada vez más impredecible han transformado el ciclo agrícola que antaño seguimos con claridad y precisión. En respuesta a estos desafíos, nos hemos visto en la necesidad de diversificar nuestras actividades, combinando la labor en el campo con la comercialización de nuestros productos, la docencia, el comercio y otras labores, con el fin de asegurar el bienestar de nuestras familias.

Antes otro era el ciclo de agrícola, pero ahora, como los tiempos han cambiado. Ahora ha cambiado casi en su totalidad. En realidad, nos acomodamos a lo que es, a la temporada de lluvia. Antes, cuando éramos pequeños, nosotros poníamos la semilla de maíz grande (*jatun muju*) en septiembre y octubre y la semilla pequeña (*juch'uy muju*), en noviembre. Esta última bien no más produce, si no llueve seguido hay que regar, pero produce no más.

El ciclo de producción del maíz, que tradicionalmente marcaba el ritmo de nuestro trabajo, ha experimentado cambios significativos. Distinguimos entre el maíz de larga producción, *jatun muju*, como el maíz negro y morado, que requiere de más agua y un suelo más fértil, y el maíz de producción corta, *juchuy muju*, como el maíz amarillo o *chuspillo* y el blanco, que se adapta mejor a las limitaciones hídricas actuales. A pesar de que la preferencia en el mercado por el maíz blanco ha inclinado la balanza hacia su producción, mantenemos un compromiso inquebrantable con la diversidad de nuestras cosechas, conscientes del valor único de cada variedad en nuestra cultura y alimentación.

Nuestro ciclo agrícola ha dejado de responder únicamente a las estaciones naturales para adaptarse a la disponibilidad de agua y a las condiciones cambiantes del clima. Antes, nuestras prácticas

se guiaban por un conocimiento profundo de los patrones climáticos, que nos permitía anticipar las lluvias y las heladas. Sin embargo, ahora nos encontramos a merced de la incertidumbre, ajustando nuestros tiempos de siembra y cosecha en función de la realidad que enfrentamos día a día.

En este contexto, el maíz sigue siendo una fuente de orgullo y un eje central de nuestra economía agrícola. Si bien hemos tenido que modificar nuestras estrategias de cultivo, privilegiando las variedades que demandan menos recursos hídricos, seguimos valorando y promoviendo la producción de todas las variedades. El maíz negro, por su dulzura y valor culinario, ocupa un lugar especial en nuestras mesas y en los corazones de quienes lo cultivamos, a pesar de los retos que implica su cultivo.

Las dificultades no terminan aquí. La aparición de plagas, como el gorgojo del maíz y otro tipo de bichos, ha complicado aún más la conservación de nuestras cosechas, obligándonos a enfocar nuestra producción en el choclo, que se consume y se vende más rápidamente. Este cambio nos ha llevado a reevaluar constantemente nuestra relación con la tierra y con las prácticas agrícolas que heredamos de nuestras abuelas y abuelos.

La introducción de semillas no nativas, promovida por grandes empresas, plantea un dilema adicional. Aunque estas semillas garantizan una producción segura, nos enfrentamos al riesgo de perder las variedades tradicionales que han sido el alma de nuestra agricultura. Prácticamente, quieren que coloquemos otras semillas porque de nosotros no va a dar. Por una parte, es bien ¿no?, pero por otra parte está mal. En Arani hay un proyecto de semillas para cambiar a otra semilla, los de una empresa han regalado semilla de maíz y esa misma empresa compra el producto. Entonces están pagando, es seguro, sí, pero ese maíz es como maíz cubano, no tiene ese sabor, no es como para comer, pero, sí, están pagando. A dónde nos vamos a ir los productores, al qué nos va a pagar seguro. Entonces, en ese caso, por una parte, si tienes hijos,

es importante el dinero, ¿qué vas a hacer? Pero, por otra parte, nuestra semilla corre el riesgo de perderse.

Nosotras, en la Asociación del Pozo de Flores, nos encontramos en una encrucijada, luchando por mantener vivo el legado de nuestras semillas ancestrales mientras nos adaptamos a las nuevas exigencias del mercado. A pesar de estos desafíos, nuestra decisión permanece. Seguimos comprometidas con la diversidad de nuestras cosechas, preservando tanto el maíz como la papa y otros cultivos, conscientes de su importancia para nuestra alimentación, nuestra economía y nuestra identidad cultural. Este compromiso se extiende más allá de nuestra propia producción; mantenemos una red de apoyo y cooperación con nuestros vecinos y compañeros de la asociación, intercambiando productos y trabajo, asegurando que, independientemente de las dificultades, siempre habrá maíz negro para nuestra *lawá*, maíz *chuspillo* o amarillo para nuestro mote y maíz morado o *kulli* para nuestra chicha y api.

En la Asociación Pozo de Flores, cada una de nosotras aporta desde su parcela a una historia colectiva de resistencia y adaptación. Nos encontramos en un proceso continuo de aprendizaje y adaptación, respondiendo colectivamente a los desafíos climáticos, económicos y sociales con esperanza y determinación. Nos comprometemos a transmitir a las futuras generaciones las semillas físicas de nuestras cosechas y las de la perseverancia, la adaptabilidad y el profundo respeto por la tierra que nos sostiene, asegurando que el legado agrícola del Valle Alto de Cochabamba continúe floreciendo en los próximos años.

De la papa tradicional a la papa holandesa

En la Asociación Pozo de Flores, hemos sido testigos y protagonistas de una profunda transformación en la agricultura que define nuestra región. Tradicionalmente, nuestra tierra era el hogar de variedades de papa como la *imilla* y la *huaycha*, cultivadas con

amor y dedicación por generaciones. Sin embargo, las cambiantes condiciones climáticas, la escasez de agua y la creciente dificultad en el mantenimiento de la tierra fértil han marcado el comienzo de una nueva era en nuestra forma de cultivar.

Nos hemos visto forzadas a despedirnos de las papas que definían nuestra identidad agrícola, esas variedades que requerían de seis a siete meses para producir, pero que eran un deleite en sabor y un pilar en nuestra dieta. La tierra ya no posee la misma fuerza, y el costo del abono, junto con la necesidad de alimentar al ganado, ha hecho insostenible el cultivo tradicional de papa en nuestra comunidad. Ante esta realidad, la introducción de la papa holandesa ha representado una solución inmediata a los retos que enfrentamos. Esta variedad, de producción más rápida y requerimientos de cuidado menores, ha sido adoptada por una gran mayoría de los productores de nuestra zona, convirtiéndose en la única opción viable dadas las circunstancias actuales. Es como si se nos hubiera obligado a agarrar otras semillas, no es de nosotros nuestra semilla y no es así sabrosa como era antes nuestra papa.

Esta adaptación no ha sido un proceso fácil. Las semillas holandesas, aunque prácticas, no pueden competir con el sabor y la calidad de nuestras papas tradicionales. La mayoría de nosotras, viéndonos limitadas por la falta de agua y la degradación del suelo, optamos por cultivar la holandesa, pero con un sentimiento de pérdida por lo que una vez tuvimos. Paradójicamente, es mediante la venta de esta papa holandesa que conseguimos los medios para adquirir las variedades tradicionales para nuestro consumo personal, aunque tenga más precio, porque eso para nosotros es sabroso o mejor para cocinar, buscando así mantener vivo el sabor de nuestra herencia culinaria.

El dilema de conservación también se extiende a esta nueva realidad. Aunque la producción de la papa holandesa está dirigida principalmente a la venta y una parte al autoconsumo, la

producción y el almacenamiento del producto enfrenta desafíos similares a los del maíz, con la amenaza constante de los insectos como el polvillo. Nos esforzamos por guardar suficiente para el consumo familiar, utilizando técnicas como el fumigado para proteger nuestras reservas, pero la lucha contra los gusanos es constante y desafiante. Nos encontramos en un ciclo perpetuo de consumo y compra, ya que la conservación a largo plazo se ve comprometida por la vulnerabilidad de la papa holandesa a las plagas.

En este contexto de transformación y adaptación, las conversaciones y experiencias compartidas entre nosotras revelan una resiliencia y una determinación profunda. Aunque la papa holandesa nunca podrá reemplazar completamente a las variedades que hemos perdido, nos brinda una solución práctica que nos permite continuar cultivando y alimentando a nuestras familias. Nosotras, en la Asociación Pozo de Flores, continuamos navegando estos cambios con esperanza, esforzándonos por encontrar un equilibrio entre la tradición y la adaptación, y manteniendo viva la esencia de nuestra comunidad agrícola en el Valle Alto de Cochabamba.

La historia de la papa en el Valle Alto es un reflejo de nuestra capacidad para enfrentar los desafíos que se nos presentan, buscando siempre preservar lo mejor de nuestra herencia agrícola mientras nos adaptamos a las realidades de un mundo en constante cambio. En el Pozo de Flores, cada una de nosotras aporta a esta historia colectiva, una narrativa de perseverancia, adaptabilidad y amor profundo por la tierra que nos sustenta, asegurando que, a pesar de los cambios, seguimos adelante, unidas por la tierra que nos define.

Una gestión antigua de nuestras semillas

Nosotras mantenemos una tradición muy arraigada en el manejo de nuestras semillas, crucial para la continuidad de nuestras

cosechas. Esta práctica, que hemos heredado de nuestras abuelas y abuelos y que sigue siendo parte fundamental de nuestra agricultura, se centra en la adquisición de semillas de lugares distintos al nuestro. Nosotras, tanto mujeres como hombres de esta asociación, creemos en la importancia de renovar la tierra con semillas que provienen de otros rincones cercanos a nuestra región, asegurando así la calidad y la diversidad de nuestra próxima siembra.

“No poner nuestra misma semilla”, es un principio que compartimos las mujeres de nuestra asociación, reflejando una sabiduría que se ha transmitido de generación en generación. La razón detrás de esto radica en la convicción de que traer semillas de otros lugares, como Pocoata, Cliza y otros lugares, no solo enriquece nuestra tierra, sino que también mejora la calidad y productividad de los cultivos. Esta costumbre, nacida de la experiencia y el conocimiento acumulado a lo largo de los años, sugiere que las semillas de “otro lado” traen consigo nuevas fuerzas, enseñanzas y capacidades para adaptarse y prosperar en nuestro suelo.

Al referirnos a la siembra, ya sea de papa o maíz, siempre estamos en busca de semillas que cumplan con nuestras expectativas de calidad y rendimiento. Optamos por variedades como *soqta quilleros*, *jatún muju* (de ciclo largo) y *juchuy muju* (de ciclo corto), que son fundamentales para nuestra producción. La elección de estas semillas, y la práctica de buscarlas fuera de nuestra localidad inmediata, es un testimonio de nuestra apertura hacia prácticas que, aunque arraigadas en la tradición, están dispuestas a la innovación y al aprendizaje continuo para el beneficio de nuestras tierras y comunidades.

El desafío de comercializar nuestros productos

La comercialización de nuestros productos un pilar fundamental para el sustento de nuestras familias. Nuestro principal producto

es el choclo, seguido de la papa y las frutas de estación. Aunque algunas de nosotras aún nos dedicamos a la producción de maíz para mote, la mayoría comercializamos el maíz fresco, el choclo, que es dulce, y por eso ya nos conoce la gente y sabe que de esta zona es dulce el chochito, lo cual tiene que ver con la calidad del agua de nuestra zona, entonces eso se ha convertido en nuestro sello distintivo en el mercado.

Nosotras llevamos nuestros productos frescos al mercado local, donde ya nos conocen y prefieren por la calidad de nuestro choclo. A pesar de la competencia, nuestros caseros optan por nuestro choclo dulce, reconociendo el valor agregado que ofrecemos. Este reconocimiento no solo es un testimonio de la calidad de nuestros productos sino también un reflejo de la labor constante que todas y todos en la asociación ponemos en nuestro trabajo agrícola.

La comercialización va más allá de la venta de productos; representa para nosotras una gestión económica que permite no solo cubrir las necesidades inmediatas de nuestras familias sino también planificar para futuras producciones. A pesar de que esta actividad es vista tradicionalmente como femenina, su importancia radica en la habilidad de nosotras, las mujeres, para administrar los ingresos, garantizar la sostenibilidad de nuestras labores agrícolas y asegurar el bienestar de nuestras familias. Además, se nos reconoce a las mujeres por poner mejores precios a nuestros productos y por nuestra capacidad de negociación, a diferencia de los varones que no conocen mucho sobre la venta y que suelen ceder más fácilmente ante el regateo.

Sin embargo, nuestra labor se ve desafiada por factores externos, como los bloqueos y situaciones políticas que impactan directamente en nuestra capacidad para comercializar nuestros productos. Un ejemplo claro de esta dificultad se presenta con la venta de la tuna, una actividad de temporada corta que es crucial para nosotras que se ve comprometida por las interrupciones en los accesos a mercados clave como Santa Cruz. Estos bloqueos no

solo afectan la comercialización de nuestros productos, sino que también reflejan cómo factores ajenos a nuestra voluntad pueden tener un impacto directo en nuestra economía y en la viabilidad de nuestras prácticas agrícolas.

Esta situación nos llena de tristeza, ya que, en tiempos donde la producción ya es desafiada por la falta de lluvias, enfrentamos además barreras que limitan nuestra capacidad para llevar nuestros productos al mercado, afectando no solo nuestros ingresos sino también a las frutas que pueden dañarse y cuya venta es vital para nuestras familias.

Pero, a pesar de las dificultades, mantenemos la esperanza y la determinación de seguir cultivando y comercializando nuestros productos, asegurando así el sustento y el futuro de nuestras comunidades en el Valle Alto de Cochabamba.



Entender el equilibrio de los trabajos productivos y de los trabajos domésticos y de cuidado

Nuestra vida gira mucho alrededor del campo, pero también en todo lo que pasa en casa. Nosotras, las mujeres de la asociación, llevamos sobre nuestros hombros tanto el trabajo de la tierra como el cuidado del hogar y la familia. Para nosotras la mujer es quien incide en la familia, es como el foco central para dirigir el hogar, así como quien transmite los conocimientos que le han transmitido sus papás y mamás, a la familia, a sus hijos y a la comunidad. Todo esto no es tarea fácil, sobre todo cuando te toca hacerlo sola.

Aquí, cada familia tiene su manera de organizarse. Hay casos, como el de algunos compañeros, cuando ellos pueden enfocarse de pleno al trabajo en el campo, mientras sus esposas se dedican a labores de casa. Pero para muchas de nosotras, la realidad es otra. Si no tienes un compañero a tu lado, o si él está ocupado en otras cosas, la carga de trabajo se duplica.

La verdad es que, en nuestra comunidad, somos muchas las que nos encontramos en esta situación. Por ejemplo, hay quienes tienen que encargarse tanto de la casa como de la tierra. Y no es la única, muchas estamos en las mismas. Alguna de nosotras, por ejemplo, se las arregla sola para llevar adelante todo. Y así nos hacemos cargo de todo, mostrando que el trabajo no se detiene, ni en el campo ni en la casa. El tiempo que le dedicamos al trabajo del hogar “no tiene límites”. Es común despertar a las tres de la mañana y dormir a las once de la noche y combinar el trabajo del hogar con el trabajo en el campo, sumando los otros trabajos que realizamos como la comercialización o la docencia.

Y claro, nuestros hijos e hijas también se suman a este esfuerzo. Desde pequeños, aprenden el valor del trabajo y cómo contribuir

a la familia, ya sea en las labores de la casa o en el campo. Es un trabajo de equipo, aunque muchas veces, las mujeres llevamos la batuta.

La solidaridad entre nosotras es grande, y siempre hay una mano amiga dispuesta a ayudar. La vida en torno al Pozo de Flores es un constante ir y venir, entre el cuidado de los cultivos y el del hogar, pero siempre con la esperanza y la fuerza que nos caracteriza.

En nuestra asociación, cada día es una nueva oportunidad para demostrar que, a pesar de las dificultades, podemos sacar adelante a nuestras familias y nuestros cultivos con determinación y cariño.

Los trabajos que principalmente realizan los varones

En la Asociación Pozo de Flores hemos vivido un cambio significativo en la forma en que abordamos el trabajo agrícola, especialmente en lo que respecta al trabajo de los varones. Antes, la preparación de la tierra se hacía con yuntas, una práctica que, aunque eficaz, demandaba mucho tiempo y esfuerzo. Hoy en día, el uso del tractor con arado ha transformado nuestro trabajo en el campo, no solo facilitando la labor de los varones sino también impactando de manera positiva en el trabajo de las mujeres.

A pesar de estos avances tecnológicos, mantenemos vivas las tradiciones de trabajo familiar y comunal. Todos participamos: hijos, hijas, esposas, e incluso a veces, cuando la familia no puede cubrir todas las necesidades, contratamos trabajadores de lugares cercanos como Punata, ya que en nuestra zona ya no es común encontrar estos trabajadores.

A lo largo de los años, nos hemos dado cuenta de que el papel de los hombres en la agricultura ha evolucionado, pero no ha disminuido su importancia. En muchos hogares, como el de Roberto, los hombres se dedican casi exclusivamente a la agricultura, involucrándose en todas las etapas del proceso productivo, desde la roturación de la tierra hasta la cosecha,

pasando por el riego y los tratamientos necesarios para cuidar los cultivos.

No obstante, también reconocemos que la disponibilidad de mano de obra ha cambiado. Parece que encontrar quien quiera trabajar se ha vuelto más difícil, lo que nos lleva a depender aún más de la solidaridad y el apoyo mutuo dentro de nuestra comunidad. En algunos casos, se cuenta con la ayuda de un compañero dedicado exclusivamente a administrar las tareas agrícolas, un esfuerzo que refleja el compromiso y la dedicación que muchos de nosotros ponemos en nuestra tierra y nuestros cultivos.

Este enfoque comunal y familiar hacia el trabajo agrícola es fundamental para nosotras. Nos permite no solo mantener nuestras tierras productivas, sino también fortalecer los lazos que nos unen como comunidad. Aunque la tecnología ha simplificado algunas tareas, la importancia del trabajo manual, del conocimiento compartido y del esfuerzo colectivo sigue siendo central en nuestra forma de vida.

Sin embargo, reconocemos que los desafíos persisten. La búsqueda de yuntas y tractores, por ejemplo, nos habla de un equilibrio entre lo tradicional y lo moderno, donde cada opción tiene sus ventajas y desventajas. Aunque el tractor hace el trabajo más eficiente, hay quienes extrañan la precisión y el cuidado que conlleva el trabajo con yunta, una técnica que, aunque más costosa y menos común, tiene un valor especial en términos de la calidad del trabajo realizado. Con la yunta donde arrojamos el maíz ahí mismo pisan las vacas, y lo que pisa la vaca se pone duro y eso sale cabalito, o sea que con el tractor hay espacio sin siembra, sale señidito, mientras que con la yunta a cada paso a su medida sale, a cada paso se pone la semilla, en la siguiente vuelta con la yunta se tapa y sale cabalito, con el tractor no es así. Además, con el tractor primero se hace dar una pasada con la reja (el arado), después se hace rotar (se vuelca la tierra), después recién se siembra, después de la siembra se riega, se aporca, se corta, se saca el maíz.

En el Pozo de Flores, las historias de nuestro trabajo diario en el campo son testimonio de nuestra adaptación a los cambios y de nuestra resistencia ante las dificultades. Cada día, hombres y mujeres, junto con nuestros hijos e hijas, nos levantamos con el sol para cuidar la tierra que nos sustenta, utilizando tanto las herramientas que nos brinda la modernidad como los conocimientos que hemos heredado de generaciones anteriores.

Nuestro trabajo en el campo es una mezcla entre la tradición y la innovación, un equilibrio entre el esfuerzo físico y el cuidado de nuestra tierra y nuestra comunidad. En este esfuerzo conjunto, todas aportamos, todas aprendemos y todas crecemos juntas, forjando un futuro en el que nuestra tierra siga siendo fértil y productiva para las generaciones venideras.

La importancia de los trabajos que realizamos las mujeres

Las mujeres desempeñamos un papel crucial, no solo manteniendo vivas las tradiciones agrícolas, sino también en sosteniendo la comunidad y el bienestar de nuestras familias. A lo largo de generaciones, hemos heredado una sabiduría que va más allá del cultivo de la tierra, abarcando el cuidado de los hogares y la educación de los más jóvenes.

Para muchas de nosotras, la jornada comienza antes de que el sol ilumine nuestros campos. Preparar a los niños para la escuela, alimentar a los animales, ordeñar las vacas, preparar el queso, mantener el corral de los animales y un sin fin de otras tareas. Por ejemplo, a una de nosotras su marido le dice: “¿Qué estás haciendo tan temprano? Y ella responde, “Estoy tomando desayuno, ya está amaneciendo, hay que trabajar”. Claramente nosotras trabajamos más en nuestra casa, mientras que vemos que los hombres salen de la casa solo para un trabajo, pero la mujer trabaja más en la casa y luego nos adentramos en nuestros terrenos para continuar el trabajo dejado el día anterior. Prácticamente, todo el tiempo paramos trabajando, no hay descanso, porque en el momento que

los hombres están descansando hay que lavar los platos, hay que recoger y guardar las herramientas de trabajo.

La introducción de maquinaria moderna, como el tractor, ha aliviado algunos aspectos del trabajo físico en la agricultura, pero las disparidades en el acceso a estos recursos revelan las dificultades de la igualdad de género en nuestra comunidad. Por ejemplo, cuando hay escasez de tractor, porque por la sequía no llueve y de repente un poquito un día llueve, todos se vuelven locos por sembrar y todos necesitan tractor, entonces, le rogamos para que haga de nosotras porque, en ese sentido, digamos, a las mujeres no nos hacen mucho caso. Los tractoristas son hombres hacen caso a sus amigos, a sus compadres, entre hombres se hacen caso, a las mujeres mucho caso no nos hace. Sin embargo, nos esforzamos por ser escuchadas y por asegurar que nuestras necesidades y contribuciones sean reconocidas y valoradas.

La agricultura, mientras forma la columna vertebral de nuestra economía local, es solo una parte de nuestras responsabilidades. Preparar los alimentos para nuestras familias y para quienes trabajan en el campo, mantener limpias nuestras casas, y asegurar la educación de nuestros hijos son tareas que realizamos diariamente, aunque a menudo nadie lo reconoce. Estas labores, invisibilizadas y poco reconocidas, son esenciales para el sostenimiento de nuestras familias. Sin embargo, enfrentamos estos desafíos con una actitud que se ha forjado en la adversidad y en la convicción profunda de que nuestro trabajo es fundamental para el futuro de nuestros hijos.

Además, el agua, elemento vital para nuestra agricultura y nuestras vidas, se ha convertido en un recurso cada vez más escaso y precioso. Las noches dedicadas al riego, bajo la luz de las estrellas y acompañadas por nuestras familias, subrayan la importancia de la gestión comunal de este recurso. Estos momentos, aunque agotadores, fortalecen los lazos entre nosotras y con la tierra que cultivamos.

El mercado local se convierte en el escenario donde se exhiben los frutos de nuestro arduo trabajo. Aquí, la habilidad para negociar y vender nuestros productos es crucial. Es una habilidad que las mujeres hemos perfeccionado a lo largo de los años, aprendiendo que una buena venta en el mercado no solo depende de la calidad de nuestros productos, sino también de nuestra astucia y determinación. Esta actividad, tradicionalmente vista como el dominio de las mujeres, es vital para nuestra supervivencia económica.

También realizamos las actividades de riego y todo lo que involucra esto, como ir y vigilar que el agua llegue a nuestras parcelas. El riego se hace antes del amanecer, por las noches, entonces toda la noche hacemos vigilancia. A esto se suma que la época donde necesitamos más riego de las *mítas* es en invierno, cuando hace más frío, muchas veces te resbalas, te caes a la acequia, así tienes que aguantar, no puedes ir a cambiarte porque mientras tanto te pueden robar el agua el turno de riego va a pasar. Tener el pozo a alivianado este trabajo porque permite que el agua llegue con mayor facilidad a nuestras parcelas.

En la Asociación Pozo de Flores, somos testigos y partícipes de una transformación gradual porque queremos que se reconozcan más los trabajos domésticos. Aunque también vemos que si bien nuestro trabajo en el hogar es muy importante no siempre es valorado porque se lo ve como una obligación de las mujeres. Nuestro esfuerzo colectivo va más allá de nuestros hogares y campos, buscando influir en las políticas y prácticas que afectan directamente nuestras vidas. La igualdad de género, el acceso justo a recursos como el agua y la tierra, y el reconocimiento del trabajo doméstico y productivo son luchas que llevamos adelante con la esperanza de tener una vida más justa para todas.

También es importante saber que nosotras compartimos conocimientos, recursos, y apoyo mutuo en los buenos y malos

momentos. Es como una red de solidaridad que no solo fortalece nuestros vínculos comunitarios, sino que también nos empodera para enfrentar los retos con una determinación renovada.

Nosotras soñamos con un mundo donde nuestras hijas puedan disfrutar de las mismas oportunidades y reconocimientos que nuestros hijos. Donde todo el trabajo que hacemos las mujeres en el hogar y en la producción sea valorado.

Sembrando saberes y valores: La transmisión del conocimiento a las nuevas generaciones.

En nuestra asociación hemos aprendido a equilibrar las exigencias de la vida diaria con la necesidad de transmisión de conocimientos a nuestras nuevas generaciones. Nosotras, como madres, padres, tías, tíos, abuelas y abuelos, desempeñamos un papel crucial en enseñar a nuestros hijos e hijas no solo a valorar el trabajo en el campo, sino también a apreciar la vida misma y todo lo que conlleva.

Desde pequeños, nuestros hijos nos acompañan al campo, participando en actividades tan fundamentales como el riego. Aunque a veces parezca una tarea difícil para ellos, es esta experiencia la que les enseña sobre la importancia del esfuerzo y el valor del producto de su trabajo. Por ejemplo, tengo cuatro niñas, y la más pequeña siempre ha querido acompañar a su papá, aprendiendo así no solo sobre las técnicas de riego sino también sobre la gestión del agua y la importancia de cada cultivo. Esta participación les enseña a valorar el esfuerzo detrás de cada producto que llega a nuestra mesa.

La implicación de los niños en el trabajo agrícola no solo contribuye a su formación personal, ofreciéndoles una comprensión del valor del esfuerzo y la cooperación, sino que también les brinda herramientas educativas. Por ejemplo, la clasificación de las papas según su tamaño no solo es una tarea práctica, sino que también refuerza su habilidad para clasificar y organizar objetos

en la escuela. Otro ejemplo, es que los niños acompañan ya sea a su papá o mamá en el riego ayudando a tapar el agua. Estas habilidades prácticas se traducen en lecciones que sirven sobre la importancia de la responsabilidad y la autosuficiencia.

Nosotras, como mujeres de la comunidad, entendemos profundamente el impacto que tiene nuestra labor diaria no solo en el sustento de nuestras familias sino también en la educación y formación de nuestros hijos. A través de nuestras acciones, les enseñamos a valorar el trabajo, a ser resilientes y a desarrollar una fuerte ética laboral. Es en el día a día, en cada tarea compartida, en cada conversación sobre las semillas o el cuidado del ganado, donde se transmite este valioso conocimiento.

Este aprendizaje va más allá de lo agrícola. Enseñamos a nuestros hijos sobre la igualdad para las mujeres, la importancia de compartir responsabilidades domésticas y la necesidad de respetar y valorar el trabajo de cada persona, independientemente de su género.

La transmisión de conocimiento no es simplemente una educación formal; es una enseñanza basada en la experiencia, llena de amor, sacrificio y la sabiduría de muchas generaciones. En el Pozo de Flores, creemos que cada niño y niña tiene el potencial para continuar nuestras tradiciones, mejorar nuestras prácticas y, sobre todo, para apreciar la tierra que nos alimenta. Es este legado de conocimiento y valores el que esperamos perdure a través de las generaciones, manteniendo viva la esencia de nuestra comunidad.

En el Pozo de Flores, entendemos que cada generación tiene el deber de pasar estos conocimientos y valores a la siguiente, asegurando que nuestras prácticas agrícolas y nuestra cultura sigan vivas. Estas lecciones van más allá de las habilidades técnicas; son lecciones de vida que preparan a nuestros hijos e hijas para enfrentar los desafíos del futuro con fortaleza, sabiduría y respeto.

Así, el trabajo en el campo se convierte en una escuela de vida para nuestras niñas y niños, donde cada tarea, cada día de trabajo, es una oportunidad para aprender, crecer y fortalecer los lazos que nos unen como familia y comunidad. A través de este proceso, aseguramos no solo la supervivencia de nuestras prácticas agrícolas sino también la transmisión de un legado de conocimiento, respeto y amor por la tierra que nutre nuestras vidas.

Ahora, reflejando sobre cómo hemos adaptado nuestras prácticas y enseñanzas en respuesta a los cambios de los tiempos, vemos cómo el papel de los varones en la familia ha evolucionado, equilibrando el trabajo productivo con el cuidado y el apoyo dentro del hogar. La introducción de herramientas como el tractor ha transformado el trabajo en el campo, haciendo que tanto hombres como mujeres puedan participar de manera más efectiva y segura. Sin embargo, esta evolución no ha reducido la importancia de enseñar a nuestros hijos e hijas a valorar y participar en todos los aspectos de la vida comunitaria y familiar.

Recordamos las historias y las lecciones de nuestros padres y madres, quienes nos enseñaron a valorar cada esfuerzo y a ver en cada desafío una oportunidad de aprendizaje. Estos relatos, llenos de enseñanzas y momentos de crecimiento, forman la base sobre la cual construimos el futuro de nuestra comunidad. Son las historias que compartimos con nuestras hijas e hijos, esperando inspirarlos a continuar con orgullo el Pozo de Flores.

La importancia de nuestros rituales

En el Pozo de Flores mantenemos vivas nuestras tradiciones y rituales que agradecen a la tierra y el agua, elementos vitales que nutren nuestra existencia y aseguran nuestra subsistencia. Estos rituales son más que simples actos; son expresiones profundas de nuestra conexión con la Pachamama y el respeto que le debemos.

Uno de los momentos más significativos en nuestro calendario es el carnaval, una época que aprovechamos para realizar la *Ch'alla*, un ritual ancestral que busca agradecer y bendecir la tierra y todo lo que nos ofrece. Durante la *Ch'alla*, adornamos nuestro pocito y otros elementos naturales con flores, serpentinas y ofrendas, haciendo un llamado para la prosperidad y la fecundidad para nuestras tierras y nuestras vidas. Este ritual es acompañado por música, canto, y danzas, creando un ambiente de entre todos los presentes.

Aparte de la *Ch'alla* de carnaval, celebramos el aniversario de nuestra comunidad con una misa, donde pedimos la bendición del cura para nuestra gente y nuestras tierras. Este es un momento de reflexión y gratitud por todo lo que hemos recibido y una oportunidad para fortalecer nuestros lazos comunitarios y espirituales.

Los rituales también marcan el inicio de nuestros ciclos agrícolas. Antes de sembrar maíz y papa, realizamos la *K'oa*, un acto de ofrenda y petición a la Pachamama para que nos asegure una buena cosecha. Durante este ritual, ofrecemos a la tierra productos naturales y preparados por nuestras manos, como señal de nuestra dependencia y agradecimiento hacia ella. Es un momento de encuentro con la naturaleza, donde reafirmamos nuestro compromiso de cuidarla y respetarla.

Estos rituales son esenciales para nosotras, pues no solo nos conectan con nuestras raíces y antepasados, sino que también enseñan a las nuevas generaciones la importancia de vivir en armonía con el entorno. Son una expresión viva de nuestra cultura, una cultura que valora y respeta la vida en todas sus formas. En el Pozo de Flores, entendemos que nuestra existencia está profundamente entrelazada con la de la tierra y el agua, y a través de nuestros rituales, celebramos esta interconexión, asegurando su continuidad para las futuras generaciones.

La importancia de participar en otras organizaciones

El Pozo de Flores es una asociación pequeña, con solo 25 asociadas y asociados. Nuestra vida activa en nuestra comunidad también nos lleva a participar en otras organizaciones de distinta índole. Participamos activamente en sindicatos y juntas vecinales, donde nuestra voz se suma al coro comunitario en la defensa de nuestros derechos y recursos. Algunas de nosotras intentamos incidir en el Comité de Género de la Federación Cochabambina de Regantes y usuarios de Agua Potable (FEDECOR), las Bartolinas, en la Federación Sindical de Campesinos y la asociación de regantes de Arani, asegurando que las necesidades de nuestras familias y comunidades sean escuchadas y atendidas.



La gestión y los problemas del agua

Ahora bien, uno de los temas centrales que nos une en el Pozo de Flores es la realidad en torno al manejo y los problemas del agua. Esta es una experiencia que queremos compartir, con el ánimo de contarle al mundo sobre nuestra convivencia con este recurso vital, que es fuente de vida, pero también de conflicto.

La relación que tenemos con el agua se manifiesta en nuestras actividades cotidianas, marcadas por el ritmo de la naturaleza y nuestras tradiciones. Como se dijo, la siembra es el corazón de nuestra vida comunitaria, un evento que se enciende con la primera lluvia. Cuando esta llega, la emoción nos contagia a todos; es el inicio de un correteo total en busca de tractores para aprovechar cada gota que la tierra recibe. Esta primera lluvia, aunque escasa, nos llena de alegría y esperanza, recordándonos la importancia del agua en nuestras vidas. Sin ella, y sin el río, nuestro entorno se transformaría en un desierto, con pozos como única fuente de agua.

Las mujeres, en particular, enfrentamos retos únicos en este contexto. Lavando en casa con el agua de la pila es distinto a lavar en el río; es más fácil, más práctico. Sin embargo, la disminución del caudal del río ha hecho que esta tarea, junto con otras, sea más difícil. Además, mantenemos la tradición de limpiar nuestra acequia después del carnaval, un esfuerzo comunitario que se ve amenazado por la sequía. Las plantas ya no crecen como antes y el suelo permanece seco, reduciendo la participación en esta actividad esencial para nuestra convivencia con el agua.

Anteriormente, la participación de las mujeres en estas tareas era limitada o desvalorizada. Se nos exigía enviar un peón hombre en nuestro lugar, sin reconocer nuestro compromiso y esfuerzo. Sin embargo, hemos visto mejoras; ahora, con la ayuda de máquinas, bombas de agua y una mayor participación del trabajo

femenino en el manejo del agua a través de nuestro pozo, nuestra contribución es más visible y valorada, aunque el financiamiento de estas herramientas sigue siendo un desafío.

La lluvia, aunque esencial, también trae consigo desafíos. Cuando llueve con sol, nuestras plantas se enferman, lo que complica aún más nuestra labor. Además, enfrentamos prejuicios y supersticiones en torno a los pozos de agua. Como mujeres, a veces se nos ha prohibido acercarnos a ciertos pozos por creencias que sugieren que traeremos mala suerte y sequía. Sin embargo, hemos demostrado que estas son solo creencias; nuestros pozos, a los que hemos tenido acceso y hemos gestionado, no solo no se han secado, sino que son envidiados por su abundancia de agua, superando en caudal y calidad del agua incluso para consumo humano a los de nuestras áreas circundantes.

También es importante comprender la compleja gestión del proyecto de agua que encaramos, marcado por una lucha constante por la igualdad y el reconocimiento de nuestras necesidades como mujeres en la comunidad. Este proyecto fue diseñado con la visión de dar mayor poder a las mujeres, asignando un 70% de participación a las mismas, mientras que el 30% restante se reservó para los varones, cumpliendo con las exigencias del gobierno en términos de equidad de género.

Sin embargo, enfrentamos un obstáculo inesperado: la falta de personería jurídica de las Bartolinas de Arani, lo que dificultaba la legitimación de nuestro esfuerzo ante las autoridades. A pesar de buscar soluciones a nivel departamental, nos topamos con la misma barrera, una discriminación latente que ponía en evidencia la disparidad de trato entre las organizaciones de hombres y mujeres.

A través de la persistencia logramos avanzar, aunque el camino estuvo lleno de rechazos y dificultades. Este episodio refleja la discriminación sistémica que aún enfrentamos, donde las mujeres

buscamos tener el mismo espacio y reconocimiento que los hombres en la gestión del agua. A pesar de estos desafíos, hemos demostrado nuestra capacidad y liderazgo, perforando el pozo con una mayoría de mujeres involucradas. No obstante, seguimos lidiando con la resistencia de algunos sectores de la comunidad.

La importancia del agua en nuestra vida diaria es incuestionable, especialmente para las mujeres, quienes desde la mañana dependemos de ella para realizar nuestras tareas domésticas y cuidar de nuestras familias. Mientras los hombres pueden permitirse ciertas libertades y distracciones, las mujeres a menudo sacrificamos nuestras propias necesidades en beneficio de nuestros hijos e hijas. La escasez de agua no solo incrementa nuestra carga de trabajo, sino que también profundiza la desigualdad para las mujeres, ya que somos nosotras quienes debemos enfrentar la mayor parte del esfuerzo para asegurar el suministro de agua, incluso en tiempos de escasez.

Actualmente, enfrentamos dificultades en el transporte y distribución del agua. Aunque la mayoría de nosotras regamos por inundación, este método resulta ineficiente y conduce al desperdicio de agua. Además, el estado deteriorado de las acequias ya sea por desgaste natural o sabotaje, reduce significativamente la cantidad de agua que llega a nuestros campos. La gestión de la basura también se convierte en un problema, ya que las comunidades río arriba no practican la misma responsabilidad ambiental, contaminando así nuestras fuentes de agua.

Por otro lado, queremos destacar un problema ambiental que enfrentamos de manera constante: la contaminación de nuestras fuentes de agua por basura. Este desafío no solo representa un obstáculo para el riego y el aprovechamiento del agua, sino que también enfatiza la falta de conciencia y coordinación entre las comunidades. Observamos cómo la basura se acumula en nuestras acequias, impidiendo el flujo del agua y afectando la calidad del suelo y el rendimiento de nuestras cosechas.

Además de lidiar con la contaminación, nos enfrentamos al impacto del cambio climático, que ha alterado profundamente el ciclo del agua en nuestra región. La evaporación acelerada y la incapacidad del suelo para retener agua nos han llevado a una situación en la que el agua superficial es la norma, mientras que la infiltración profunda, esencial para la salud del suelo y la agricultura, se ha vuelto cada vez más escasa. Esta realidad nos obliga a reflexionar sobre nuestra relación con el agua y la urgencia de adoptar tecnologías y prácticas que nos permitan almacenar y conservar mejor este recurso vital.

La falta de proyectos efectivos para la cosecha de agua y el almacenamiento, combinada con una insuficiente capacitación, resalta nuestra necesidad de conocimiento y recursos para enfrentar estos desafíos. Si bien como comunidad nos mantenemos unidas y fuertes, especialmente las mujeres, la coordinación con otras comunidades sigue siendo un aspecto en el que debemos trabajar intensamente para establecer reglamentos y prácticas que protejan nuestras fuentes de agua de la contaminación y el robo de agua.

El robo de agua, en particular, es un problema que enfrentamos, especialmente durante la temporada de riego. A pesar de que existen multas establecidas, la falta de iluminación pública y la ausencia de una autoridad efectiva para hacer respetar nuestros derechos nos obligan a tomar medidas extremas para proteger nuestro acceso al agua. La mayoría de las veces, somos nosotras, las mujeres, quienes recorremos kilómetros en la noche, enfrentándonos al frío y a la inseguridad, para asegurar el riego de nuestros campos.

El calendario de siembra y la preparación del terreno también se ven afectados por estos desafíos. Desde la siembra de *mishka* hasta la preparación para las cosechas posteriores, cada paso en nuestro ciclo agrícola requiere de agua y de una gestión cuidadosa para

evitar pérdidas por condiciones climáticas adversas o por el mal estado de nuestras infraestructuras de riego.

La gestión del agua no solo es una cuestión técnica o ambiental, sino también un reflejo de las dinámicas sociales y de género dentro de nuestra comunidad. A pesar de los obstáculos, seguimos comprometidas y comprometidos con la búsqueda de soluciones sostenibles y equitativas para el bienestar de todos y todas.

Finalmente, queremos contar las expectativas y preocupaciones futuras en torno al agua, un tema que está en el corazón de nuestras vidas y comunidades. La necesidad de tecnología adecuada para la irrigación, el deseo de contar con más pozos para expandir el riego y la preocupación por las restricciones legales que limitan nuestra capacidad para perforar nuevos pozos son aspectos centrales de nuestro deseo por asegurar un futuro hídrico sostenible.

Conscientes de que la escasez de agua afectará principalmente a las futuras generaciones, hemos tomado medidas proactivas perforando otro pozo, pensando en nuestras nietas y en el lugar donde tendrán que vivir. El cambio climático y la alteración de las estaciones nos han llevado a un punto donde ya nada es previsible, evidenciando la necesidad urgente de apoyo en tecnología de riego y en el acceso a herramientas y accesorios que nos permitan gestionar mejor el agua.

La idea de traer agua del trópico de Cochabamba se presenta como una esperanza, aunque estamos conscientes de las dificultades técnicas y financieras que esto implicaría. A lo largo de los años, hemos visto cómo la falta de agua y las decisiones políticas han impactado nuestra capacidad para cultivar, afectando no solo la economía local sino también nuestra seguridad alimentaria. Recordamos tiempos difíciles cuando la escasez nos obligó a adaptar nuestra dieta y a enfrentarnos a la posibilidad de tener que dejar nuestras tierras.

Ahora, frente a la posibilidad de proyectos que podrían mejorar el suministro de agua, como la propuesta de traer agua de *Toro*

Warkhu, enfrentamos la realidad de que el caudal disponible ya no es suficiente ni siquiera para las comunidades más cercanas a la fuente. Los conflictos por el acceso al agua entre comunidades son un recordatorio de que la gestión del agua requiere no solo de soluciones técnicas, sino también de un enfoque cooperativo y que sea sostenible.

A medida que nos enfrentamos a estos desafíos, nuestra asociación se mantiene unida en la búsqueda de soluciones. La solidaridad, la innovación y el compromiso con las futuras generaciones son nuestros principios guía. Aunque el camino hacia asegurar nuestra dotación de agua está lleno de dificultades, seguimos adelante con la esperanza de encontrar caminos que nos permitan superar la escasez para todas las asociadas de nuestro Pozo de Flores y sus habitantes.

También somos conscientes cómo la situación para las mujeres ha ido cambiando, ahora ya no somos sumisas, ya tenemos voz y voto. Antes, la mujer era como si fuera un hijo, ante la justicia era así. Nuestro esposo tenía que ir para firmar alguna cosa, para que hable algo por nosotras, la palabra de la mujer no valía, ahora ya vale. Antes ni el título llegaba a nombre de la mujer, en nombre del varón llegaba, si estabas casada el varón siempre iba adelante, pero ahora, no, Se puede. Se puede mejorar esta situación y nosotras seguimos organizadas y luchando para que sea así.

Más que todo por la crisis que se vive hoy, no es tarea exclusiva del varón la producción sino de la mujer también, la mujer no solo está pensando en la alimentación del hogar, sino también está pensando en la educación de su hijo, porque tiene que ir a la escuela al día siguiente, también en la crianza de los animales, y ella tiene múltiples tareas, yo veo que la mujer y los hijos tienen mucho que ver con la producción ya que de esa manera vamos juntos vamos sembrando la tierra y cosechando historias *Warmiq thaskiynin llank'ana patapi*, la mujer avanzando en el trabajo.

Índice

Presentación.....	5
Contextualización del Valle Alto.....	8
Historia de la Asociación de Riego de Productores Agrícolas Pozo de Flores.....	13
«AHORA VAMOS A CONTAR NUESTRA HISTORIA»	
Producción agrícola y comercialización.....	21
Entender el equilibrio de los trabajos productivos y de los trabajos domésticos y de cuidado.....	33
La gestión y los problemas del agua.....	45

La presente edición se terminó
de imprimir el mes de marzo de 2024
en Talleres Gráficos KIPUS
c. Hamiraya 122•Telf./Fax: (591-4) 4582716/4237448

